

---

## Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928): viaje por Oriente y Egipto

*Federico Lara Peinado*

---

Arbor CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), 869-891 pp.

*Con este artículo se pretende rememorar los viajes efectuados a Turquía (1907) y años después al país del Nilo (1924) por el famoso novelista Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). Sus impresiones, la historia de los países visitados, la descripción de sus ciudades y paisajes tomaron cuerpo en las obras tituladas Oriente y La vuelta al mundo de un novelista. Blasco Ibáñez supo resumir la historia de Constantinopla así como la de Egipto –especialmente su antigüedad– con sencillas palabras, sin tecnicismos, haciendo llegar al lector el impacto que le causaron monumentos y ambientes de la ciudad turca en un caso, y las pirámides, tumbas y el paisaje nilótico en otro, además de introducirlo en el alma de sus gentes.*

---

*«No hay población que pueda compararse, por su belleza topográfica,  
con la famosa Constantinopla»*

*«¿Por qué te vas? ¿Qué puedes conseguir realizando tu infantil  
deseo de hacer un viaje alrededor del mundo?»*

El 27 de abril de 1921, en *La Publicidad* se consignó acerca de Vicente Blasco Ibáñez, el autor más leído de su tiempo, una frase totalmente cierta y verificable. Decía que era «el único hombre de España que había sabido, con gran tumulto, correr mundo»<sup>1</sup>. Nuestro autor, que no supo jugar sus bazas para ser reconocido como Premio Nobel<sup>2</sup> –sin duda merecido– no sólo había viajado por muchos países e incluso dado la vuelta al

mundo, sino que su propio quehacer vital, su propia vida había sido, asimismo, un continuo viaje.

Aquellos viajes, cuya razón de ser descansaba en diferentes motivaciones políticas, literarias, económicas o lúdicas, como muy bien señaló M. Bas Carbonell<sup>3</sup>, iban siempre acompañados de pequeñas libretas en las que anotaba sus impresiones y que luego le servían para enhebrar sus artículos periodísticos y también sus novelas<sup>4</sup>.

Sus más solventes biógrafos<sup>5</sup> han dado señalada cuenta de sus viajes, recordando incluso el nombre de las barcas y barcos que le llevaron tanto a Occidente como a Oriente. Así, el vapor *Pérez*, que le condujo a Argel, el *Sagunto* a Italia, el *Muza* a Tánger, el *Cap Vilano* a la Argentina, el *Mauritania* a Nueva York, el *König Friedrich August*, con el que viajó por Europa en 1914, y el lujoso *Franconia* con el que dio la vuelta al mundo<sup>6</sup>.

### Vicente Blasco Ibáñez, viajero

Por motivaciones políticas, Vicente Blasco Ibáñez se vio obligado a realizar su primer viaje al extranjero en julio de 1890. La causa se debió a la manifestación que había organizado en Valencia en contra de la subida al poder por parte de Cánovas del Castillo<sup>7</sup>, jefe del partido conservador. Escondido de la policía, hubo de refugiarse en la Albufera en donde lo recogió un barco de contrabandistas que lo llevó a Argel. De allí embarcaría para Marsella y luego viajaría hasta París<sup>8</sup>. Ni que decir tiene que las peripecias vividas le servirían de material literario<sup>9</sup>.

Vuelto a España, aprovechando una amnistía política, Blasco Ibáñez, que se había casado con doña María Blasco del Cacho, se dedicó a publicar obras, a precios económicos, de los grandes autores de la Literatura universal. Tras algunas escaramuzas de corte político local y la fundación de *El Pueblo*, diario republicano de la mañana<sup>10</sup>, nuevas circunstancias políticas —entre ellas, una manifestación para protestar por la guerra de Cuba<sup>11</sup>, previamente azuzada desde el periódico *El Pueblo*<sup>12</sup>—, le obligaron a esconderse y a disfrazarse de marinero para así poder escapar en un vapor con destino a Génova. Su estancia en Italia —país que luego visitaría en otras ocasiones— le darían materia para escribir numerosos artículos que aparecieron en el precitado *El Pueblo*<sup>13</sup>.

Vuelto a España en septiembre de 1896, se presentó ante las autoridades. En un Consejo de guerra fue condenado a dos años de prisión correccional, pena que le fue conmutada por la de destierro y confinamiento.



FIGURA 1. Vicente Blasco Ibáñez

to a más de 250 km de su querida Valencia. De esta manera Vicente Blasco Ibáñez pasaría a vivir en Madrid el 31 de marzo de 1897. Aquí durante sus cinco meses de permanencia escribió setenta y cinco artículos de temática política y literaria fundamentalmente<sup>14</sup>.

Después de un viaje a Mallorca en 1902 adonde había acudido para realizar estudios de ambiente previos para la redacción de su obra *Los muertos mandan*<sup>15</sup> y otro a Bilbao en diciembre de 1903, viajaría dos años más tarde, en 1905, por el sur de España por razones puramente personales (Jerez de la Frontera), llegando a Gibraltar<sup>16</sup>. Las impresiones vividas en la plaza británica le sirvieron para una de sus novelas cortas: *Luna Benamor*<sup>17</sup>. Desde Gibraltar embarcó para Túnez. Llegado allí quiso pasar a Tetuán y a Marruecos, pero las circunstancias locales le impidieron realizar aquellos viajes. En 1906 conoció a la millonaria chilena Elena Ortúzar y Bulnes, persona que tomaría como modelo para alguna de sus novelas y que sería fundamental en su vida personal<sup>18</sup>. En 1907, después de un viaje a Sevilla<sup>19</sup>, se desplazó a la francesa Vichy<sup>20</sup>, para encontrarse con la precitada Elena Ortúzar. De allí pasaría a Ginebra.

Desde Ginebra –y tras visitar Berna, Munich, Viena y Budapest– iniciaría su primer viaje a Oriente, acompañado de doña Elena, la madre de ésta y la doncella. Tal viaje, literariamente titulado *Oriente*<sup>21</sup>, lo plasmó en dos partes, dedicándole la primera a las ciudades antes citadas y la segunda en su totalidad a Turquía. Su admiración por Constantinopla fue total, y a ella le consagró nada menos que dieciséis capítulos. Tal extensión le permitió analizarla desde los más diversos aspectos, con soberbia pluma de narrador<sup>22</sup>.

Tampoco escapó a su atención viajera el Nuevo Mundo, atravesando el Atlántico varias veces, en su faceta de hombre de empresa y de negocios. Su primer viaje en 1909 lo realizó a la Argentina, en donde pronunció numerosas conferencias en torno a la historia, la geografía y la literatura españolas, todas de señalado éxito<sup>23</sup>. En su segundo viaje, las conferencias fueron otra vez la motivación principal. Volvió a visitar diferentes ciudades de Argentina, Paraguay, Uruguay y Chile<sup>24</sup>. En la provincia argentina de Río Negro y en Corrientes le sobrevino el sueño del utópico colonizador, poniendo en funcionamiento colonias agrícolas con emigrantes valencianos, indios y de otras etnias, a las que llamó con los españolísimos nombres de «Cervantes» y de «Nueva Valencia»<sup>25</sup>. y que a la postre significaron un fracaso<sup>26</sup>.

Mayor éxito tuvo en Estados Unidos, adonde acudió en 1919, también como conferenciante<sup>27</sup>, contratado por el éxito de la publicación en aquel país de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Allí lograría triunfar, literaria

y económicamente hablando, al incorporarse al mundo de Hollywood (algunas de sus novelas serían protagonizadas por Rodolfo Valentino, Glen Ford, Charles Boyer, Ingrid Thulin y Greta Garbo)<sup>28</sup> y al de Washington (en donde la Universidad George Washington le concedió el título de Doctor en Letras *honoris causa*<sup>29</sup>). Su precitado libro, *Los Cuatro jinetes del Apocalipsis*<sup>30</sup>, fue el más leído en aquel país después de la Biblia.

Desde Estados Unidos pasó a Méjico y a Cuba, para, en el verano de 1920, regresar a Francia, a Niza. En Méjico, según fue habitual a lo largo de sus viajes, recolectó materiales para escribir una novela, *El águila y la serpiente*, que no pudo realizar, a pesar de ser esperada por sus incondicionales lectores<sup>31</sup>.

### Vicente Blasco Ibáñez, viajero por Oriente

#### a) *El viaje a Turquía*

Dicho viaje, el tercero de los considerados «literarios», lo inició a finales de agosto de 1907 y tuvo por escenario diversas ciudades de la Europa central y de los Balcanes para finalizar en la capital de Turquía.

Este viaje fue totalmente improvisado<sup>32</sup>, aunque no le impidió consumir en el mismo seis meses y en hacer de él una tentación literaria que plasmaría en diversos artículos, luego convertidos en libro<sup>33</sup>.

Sin aludir aquí nosotros a dos grandes viajeros medievales que también visitaron Constantinopla –Ruy González de Clavijo<sup>34</sup> y Pero Tafur<sup>35</sup> y a algunos del XVII<sup>36</sup>– que dedicaron largos párrafos a la presentación de Constantinopla<sup>37</sup>, sin duda Blasco Ibáñez, superándolos, supo pergeñar con toda nitidez el interés y el embrujo de tal ciudad, objeto de la segunda parte de su libro, ya citado, *Oriente*.

En el capítulo XVI, el autor valenciano, tras formalizar los asuntos de aduana, confiesa que al fin se halla en el Imperio otomano<sup>38</sup>, en Adrianópolis, la segunda capital de la Turquía europea. A continuación se centra en la personalidad de los turcos, intentando desechar la falsa opinión que se tenía sobre ellos, «errónea e imaginaria» según sus calificativos<sup>39</sup>. El capítulo siguiente lo dedica a Constantinopla, suma de tres ciudades: Pera y Galata, que forman una agrupación urbana; Estambul, que ocupa el solar de la antigua Bizancio, y Scutari, en la ribera asiática. Ni que decir tiene que aquí Blasco Ibáñez hace gala de un profundo conocimiento histórico de la misma, aludiendo a las disputas teológicas de tiempos pasados, al movimiento iconoclasta, a los enfrentamientos con motivo de las

carreras de carros, y a las Cruzadas, responsables del gran saqueo que padeció la ciudad<sup>40</sup>. El Gran Puente y las gentes que lo transitan –las descripciones de las mismas son magistrales, insistiendo en los «miles de gorros, rojos geranios, que oscilan al marchar–, le sirven para redactar dos soberbios capítulos (XVIII y XIX).

En el siguiente, el XX, se ocupa del Gran Visir Ferid-Pachá, ante quien pudo acceder gracias a los buenos servicios de un amigo personal, que hablaba y escribía doce idiomas<sup>41</sup>. Los dos siguientes capítulos los dedica a describir el Palacio de la Estrella, que ocupa una enorme extensión territorial<sup>42</sup> y a la semanal ceremonia diplomática en el *Sélamlík*. Blasco Ibáñez se permite hacer, a continuación, un *excursus* muy interesante, lo que habla a favor del cariño que tuvo por los animales. En efecto, el breve capítulo XXIII lo centra en hablar de los perros vagabundos de Constantinopla –¿80.000?, ¿centenares de miles?–, siempre «respetados por el turco con cierta superstición».

Igualmente atrajo su atención y curiosidad la «representación» de los derviches danzantes, celebrada dos veces por semana y que narra magistralmente, obligando al lector a «verla» en su subconsciente<sup>43</sup>. Notable interés descriptivo tiene la visita al Tesoro del Palacio del Serrallo, el cual le produjo una «profunda decepción», habida cuenta del polvo y la dejadez existentes, «dando a todo un aspecto de pobreza y falsedad», y al que califica como «una enorme tienda de anticuario abandonada». No obstante, las vestiduras de gala y los trajes de aparato de los antiguos sultanes, desde Mohamed II, que conquistó Constantinopla en 1453, hasta Mahmud II, que murió en 1839, lograron atraer su interés.

Sin duda, el capítulo XXVI, dedicado a Santa Sofía es de lo más acabado de todo el relato. Tras señalar las dificultades que tuvo para poder entrar en dicho monumento –debió «invertir más de quince días en ruegos, visitas y gestiones casi diplomáticas»<sup>44</sup>– pasa a describirlo brevemente y a historiarlo, recordando a los dos arquitectos griegos que edificaron tal maravilla, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto<sup>45</sup>, y que inauguraría el gran emperador Justiniano<sup>46</sup>. Al patriarca Joaquín II, que califica de «Papa griego» y de Su Santidad, le dedica el capítulo XXVII. Tuvo ocasión de entrevistarse con él –nos lo relata de modo desenfadado e incluso anecdótico– con la ayuda de un intérprete. Blasco Ibáñez rememora la conversación mantenida con tal personaje, quien le obsequió –nos dirá– con un café que no era «gran cosa», «cigarrillos comunes y un servicio de porcelana de lo más vulgar». Jugosas opiniones sobre las mujeres turcas «que marchan encubiertas por las calles» y que sólo ven al

«esposo de tarde en tarde», así como sobre los eunucos, que en «realidad no sirven para nada», conforman el capítulo XXVIII, en el que recuerda la existencia de la venta de esclavas todavía en su tiempo, «guardadas y vendidas en las casas de particulares». Un comentario a los derviches aulladores<sup>47</sup> y unas páginas dedicadas a argumentar la libertad religiosa (¿?) vivida en Turquía dan paso para recordar los restos de Bizancio (capítulo XXXI), texto de contenido artístico-arqueológico y que demuestra la perfecta información que sobre tal temática tenía Blasco Ibáñez<sup>48</sup>. Así, la mezquita del sultán Ahmed, el obelisco de Teodosio, la Columna Serpentina, la Pirámide Murada, las fortificaciones, la Torre de Mármol y las Siete Torres (*Heptapyrgion*) tienen su adecuado tratamiento<sup>49</sup>.

Con el capítulo titulado «La noche de la fuerza» –el XXXII–, redactado con toda elegancia dada la posible escabrosidad del tema, centrado en las costumbres de los musulmanes durante el Ramadán<sup>50</sup>, concluye el autor su viaje a Constantinopla, que se vio alterado al final por un incidente peligroso, cual fue el descarrilamiento de su tren con el que retornaba a Europa y del que pudo salir indemne.

Como ha sostenido J. L. Alborg<sup>51</sup>, cuya opinión compartimos, la obra *Oriente*, sabia mezcla de elementos descriptivos, pintorescos, históricos y políticos, es un regalo para el lector. Y tan apasionante como la mejor de sus novelas.

#### b) *El viaje a Egipto*

Asentado plácidamente en la Costa Azul, el viejo novelista que ya era Vicente Blasco Ibáñez, y que había viajado por América, Europa, África y Oriente Próximo, no se resistía a la inacción. Sus inquietudes de aventurero le llevaron un día del otoño de 1923 –tras examinar muy seriamente los pros y los contras– a planificar un completo viaje alrededor del mundo, a fin de visitar lejanos países, como China, Japón, Filipinas, la India, y cuyo broche final sería un viaje por Egipto, país del que se sentía atraído desde su infancia. Según sus propias palabras serían ocho los mares a atravesar, de un extremo a otro –el Océano Atlántico, el mar de las Antillas, el Océano Pacífico, el mar de Japón y el de la China, el Océano Indico, el mar Rojo y el Mediterráneo–. Navegaría por los tres cursos fluviales más famosos de la historia humana, «cuyas aguas sirvieron de leche maternal a las primeras civilizaciones: el río Amarillo, el Ganges y el Nilo».

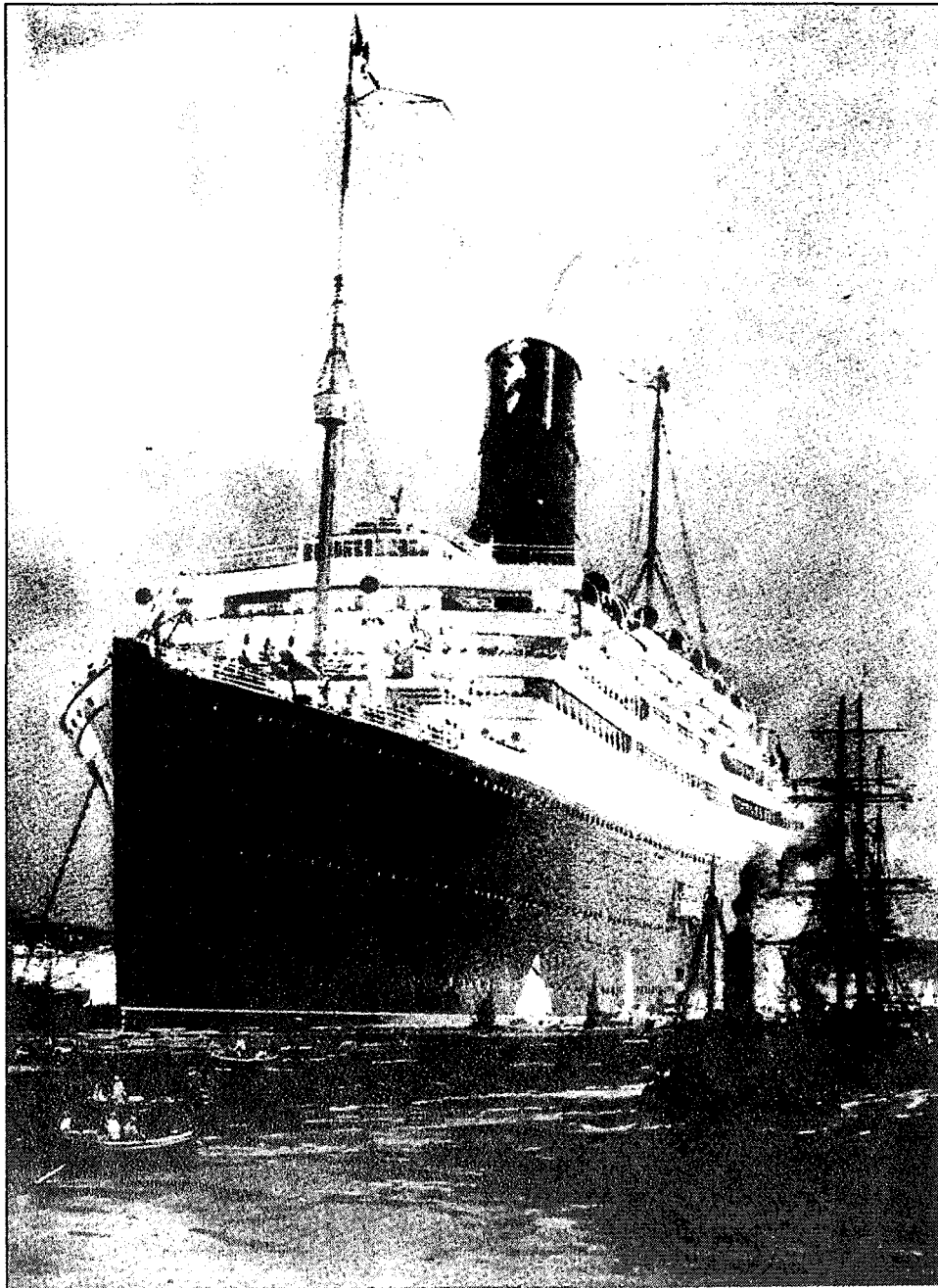


FIGURA 2. El «Franconia», que le llevó a Egipto en 1924



Junto con Elena Ortúzar<sup>52</sup>, no dudó en embarcarse en Nueva York en el trasatlántico *Franconia*, un paquebote de 20000 toneladas, de la Compañía Cunart, junto a 300 «excursionistas»<sup>53</sup> –en realidad, muchos de ellos millonarios deseosos de conocer tierras y mares ignotos– para un largo viaje de seis meses alrededor del mundo. Bordeando la Florida, visitando La Habana, y atravesando el canal de Panamá, alcanzaría las islas Hawaii, Honolulu, Japón, China, Macao, Filipinas, Java, la India, Sudán, Nubia y, finalmente, Egipto. Este largo e interesantísimo viaje sería descrito en su exitosa narración –que no novela– *La vuelta al mundo de un novelista*<sup>54</sup>.

En tal obra, como señaló quien fuera su secretario, E. Gascó Contell<sup>55</sup>, la ficción no existe. El autor ha sabido trasladar al lector a los parajes que describe. Paisajes y pueblos van surgiendo a lo largo de las páginas, junto a remotos navegantes, dioses, guerreros, religiones, sectas y costumbres. En fin, todo un resumen de la vida planetaria, descrita «sin minuciosidades enfadosas y con extraordinario colorido»<sup>56</sup>.

Cinco años después de finalizar aquel viaje, Vicente Blasco Ibáñez moría un 28 de enero –le faltaba un día para cumplir 61 años– en su casa francesa de Mentón, bautizada por él como *Fontana Rosa*, desde donde, en palabras del propio novelista «parecía oírse el latido y la respiración de la Naturaleza en reposo»<sup>57</sup>.

En ocho capítulos, del XV al XXII, de su citada obra *La vuelta al mundo de un novelista*<sup>58</sup>, Blasco Ibáñez narra su personal visión del Egipto de comienzos del siglo XX. La lectura de los mismos evidencia, obviamente, que el país descrito no es el de hoy, aunque sí responde al secular ambiente etnográfico, monumental y sobre todo paisajístico del antiguo Egipto, que presentaba en la época del novelista y aún, en buena parte, en nuestros días.

Previamente a su recorrido por Egipto, Blasco Ibáñez anticipa datos e impresiones sobre el mismo en los capítulos XII («El país de los aromas»), que contiene algunos errores históricos<sup>59</sup>, XIII («Nilo Blanco y Nilo Azul»), en donde se ocupa del sitio de Kartum de 1883 y de las nubes de moscas y vendedores ambulantes que acosan a los viajeros<sup>60</sup>, y XIV («La ciudad del Mahdi»)<sup>61</sup>, capítulo que sorprende por la descripción colorista de su zoco.

El capítulo XV lo intitula «Los colosos de Abu-Simbel», monumento que constituye para él el primer encuentro con el Arte egipcio y que lo verá a la luz del farol que porta un marinero del vapor-hotel que lo acompaña. Blasco Ibáñez muestra su admiración por los cuatro dioses del interior del hipogeo, por su columnata y, por supuesto, por su colosal fachada, que puede ver ya coincidiendo con el amanecer<sup>62</sup>. Llegado aquí emite un juicio totalmente negativo del faraón Ramsés II<sup>63</sup>. Alude, sin ci-

tarla, a la batalla de Kadesh, lugar en donde –según el poeta egipcio– tal monarca se vio envuelto por dos mil quinientos carros de guerra y varios millones de enemigos<sup>64</sup>. La alusión al vocablo *bacshis*, esto es, la demanda de propina por parte de algunos niños beduinos, adquiere su importancia y su nota colorista, puesto que, como señala muy acertadamente, tal petición y palabra –con la que se encuentra nada más llegar al país– «no le abandonarán» ya hasta su partida, cuando embarque en Alejandría.

Por vía fluvial se dirige al «lago artificial» de Filae, en donde empieza el Egipto propiamente clásico. La descripción de las aldeas, de sus gentes, de los restos arqueológicos y del *kamsin* o viento persistente, anotado todo con unos cuantos toques literarios impresionistas, permiten al lector evocar aquellos parajes y ambiente.

El capítulo XVI lo intitula «El lago de Filae». En el mismo se ocupa del mecanismo de las inundaciones periódicas causadas por el río Nilo, que describe prolijamente<sup>65</sup> –inundaciones, por otra parte, que controladas en la Antigüedad eran la base de la prosperidad del país–. Blasco Ibáñez comenta que la presa de Asuán<sup>66</sup>, reguladora de los regadíos, permitía alimentar a siete millones y medio de egipcios<sup>67</sup>. Tras ello, no duda en señalar que «el lago de Filae es culpable de varios atentados contra el Arte»<sup>68</sup>, al margen de haber sumergido, además, a diversos pueblos. Visita los templos de Filae, señalando que el más antiguo de ellos se levantó en tiempos de Nectanebo II y aludiendo a los demás de época ptolemaica y romana<sup>69</sup>. Tras comentar nuevamente la abundancia de moscas, plaga de la que el egipcio no parece enterarse<sup>70</sup>, y describir muy sucintamente Asuán, el autor cierra el capítulo.

El siguiente, el XVII, lo dedica a «Tebas, la de las cien puertas». Lo inicia comentando el esplendor de la luz egipcia, que constituye en el país una riqueza y un tormento a un mismo tiempo. Luego de aludir y explicar algunas características de las dos plantas nacionales: el papiro y el loto, pasa a describir Tebas<sup>71</sup>. Blasco Ibáñez da aquí una lección de historia y arqueología, sin erudición empalagosa, a modo de ágil reportaje. Invita, además, a conocer a los hicsos<sup>72</sup>, a recordar a Homero, a las luchas mantenidas contra los «Pueblos del mar»<sup>73</sup> y, naturalmente, a Tebas, descrita ya como un campo de ruinas por Diodoro de Sicilia, a quien cita. Luego hace un *excursus* acerca de las procesiones que se efectuaban entre Karnak y Luxor, portando la imagen de Amón<sup>74</sup>. Curiosa es su idea acerca de cuál fue la «batuta directora de la actividad egipcia». Pensaríamos que el faraón o los dioses. Pero no, el autor prefiere considerar que fue «el palo» la indicada batuta<sup>75</sup>. Ello le permite comentar la situación de los

antiguos escribas –tal profesión era la mejor–, según la referencia que hace a un «libro egipcio»<sup>76</sup> y la de los *fallahuna*, sometidos a constantes presiones y castigos si no entregaban la mayor parte de sus cosechas en los graneros reales<sup>77</sup>. Después cita algunos datos técnicos de la famosa sala hipóstila del templo de Karnak para a continuación describir dicho templo<sup>78</sup>. Finalizado el esplendor de Tebas –comenta–, la soledad y la ruina se apoderaron del lugar, que sería habitado por esporádicos eremitas cristianos, de los que cita a algunos de ellos. Más tarde, Tebas volvería a caer en el silencio.

El capítulo XVIII –sin duda uno de los más interesantes– lo dedica al «Valle de los Reyes»<sup>79</sup>. Atosigado por la consabida petición de propina por parte de los nativos, el autor se desplaza a la Tebas Oeste, cuyos desfiladeros están repletos de tumbas «en número infinito»<sup>80</sup>. La visita a algunas de ellas le permite a Blasco Ibáñez recordar al lector el «gran arte nacional» egipcio, que fue el embalsamamiento. Alude a las «tres partes» que poseía cada persona fallecida y a la necesidad de conservar una de ellas –el cuerpo– para poder subsistir las otras dos<sup>81</sup>. Copia de Heródoto –a quien cita– los tipos de embalsamamiento practicados y luego comenta las características de los hipogeos. Convenientemente asegurado el cuerpo, el alma pasaba a un país subterráneo, el «Reino del Oeste», del cual era monarca Osiris. A su llegada el difunto era sometido a un Juicio Final ante 42 dioses. Un ejemplar del *Libro de los Muertos*<sup>82</sup> le permitía defenderse ante los jueces acusadores.

El descubrimiento de la tumba de Tutankhamón, dos años antes de la presencia de Blasco Ibáñez en estos parajes, le permiten aludir a la tumba de tal faraón –tan solo pudo ver la puerta de acceso–, y al tesoro encontrado, que luego admiraría en El Cairo<sup>83</sup>. Comenta la expectación existente en Tebas ante el anuncio de la segunda apertura de tan famosa tumba. También pudo visitar la tumba de Sethi I, a la que califica de «tipo perfecto de hipogeo real»<sup>84</sup>. La excelencia de las pinturas y relieves de ésta y de otras tumbas le lleva a evocar la célebre estatua de *Cheik-el-Beled*, en su opinión «la imagen de madera más antigua que se conoce en el mundo»<sup>85</sup>. Recuerda al lector que las tumbas reales de tal lugar están vacías –salvo la de Amenofis II, cuya momia puede contemplar–, dado que los cadáveres de los faraones –informa para el lector no avisado– habían sido ocultados en un escondrijo –que no cita– por miedo a los beduinos ladrones<sup>86</sup>. Comenta –no sin admiración– la pequeñez de las momias y el mal aspecto de las mismas, que constituyen «verdaderos demonios de pesadilla»<sup>87</sup>.

Fatigado por la visita al Valle de los Reyes, el viajero renuncia a la visita del Valle de las Reinas. Pasará a continuación a visitar las rui-

nas del Ramesseum<sup>88</sup>, en donde ve uno de los colosos de Ramses II<sup>89</sup>, y las del Amenofium<sup>90</sup>. Aquí puede admirar los celeberrimos Colosos de Memnón, «gigantes heridos en las piernas y el torso con profundos tajos»<sup>91</sup>, de quienes cuenta su leyenda. El final del capítulo lo remata con una curiosa anécdota. Blasco Ibáñez ve a un *fellah* que está arando su campo en las cercanías de las estatuas con una yunta formada por un camello y un asno. Atraído por la curiosidad, desea saber su lengua para hablarle. Ve cómo el campesino se le acerca. Siente incluso deseo de estrecharle su mano callosa. Y de pronto, tras ser saludado Blasco Ibáñez al estilo oriental, el campesino abre la boca y con voz «algo bronca» le dice ¡*Bacshis!*

«Las pirámides y la Esfinge» es el título dado al capítulo XIX. Arribado a Gizeh, narra con visión de minucioso fotógrafo la «farsa» turística del paseo en camello –así opina–, comentando que esperan a los visitantes más de cien de tales animales para el paseo y la foto de recuerdo. Luego de reaccionar al impacto emocional que le causan las pirámides<sup>92</sup>, las pasa a describir sin tecnicismos y emite la opinión –hoy no aceptada– de la influencia mesopotámica sobre las mismas. A continuación se ocupa de la Esfinge, de la que solo ve su cabeza de piedra emergiendo de la arena, puesto que en aquellos años se hallaba prácticamente enterrada<sup>93</sup>. Aunque da datos cronológicos erróneos, fiado de la documentación que pudo manejar<sup>94</sup>, Blasco Ibáñez se adentra en cuestiones de datación egiptológica, recordándole al lector las *Listas de Manetón* y el *Papiro de Turín*. Luego, siguiendo las diatribas científicas del momento, se adentra en disquisiciones acerca de la antigüedad de los judíos en relación a la historia de Egipto. Asimismo, comenta los saqueos a los que fueron sometidas las pirámides en diferentes épocas, para centrarse en la historia de la de Micerino, recordando que fue encontrado en su interior un hermoso sarcófago de piedra y un ataúd de cedro, con el nombre de Menkara (*sic*). «Este hallazgo –continúa diciendo– lo embarcaron para Inglaterra y el buque naufragó frente a las costas de España, a la altura de Cartagena. Como el sarcófago pesaba tres toneladas, se fue al fondo del mar. El ataúd del faraón, con su cubierta imitando la forma de la momia, flotó». Recogido el mismo, fue incorporado en los fondos del Museo Británico<sup>95</sup>. El final del capítulo, lo dedica a las figuras míticas de la «faraona» Nitocris y de la hermosa Rodopis, centro ésta de una leyenda muy próxima a la Cenicienta, con su «zapato» y todo. Esta leyenda permite a Blasco Ibáñez –que adopta aquí un cierto aire dogmático– aventurar una idea, con la que no podemos estar de acuerdo, a pesar de su ingeniosa formulación. Asevera así: «Como se ha dicho muchas veces, la historia es una novela que fue y la novela una historia que pudo ser». Y la remata diciendo que la novela es la hermana mayor<sup>96</sup> de la Historia.



FIGURA 3. Blasco Ibáñez con la Medalla de la Legión de Honor francesa

El capítulo XX lo dedica al «Museo del Cairo» (*sic*). En breves páginas explica cómo nació la Egiptología y cuánto le debió «a cierto joven francés llamado Champollion»<sup>97</sup>, quien descifró los jeroglíficos a partir de la Piedra Rosetta<sup>98</sup>. Pero también le debió a Mariette, el descubridor del Serapeum, y a Maspero, fundador del Museo Egipcio<sup>99</sup>. En este punto el autor describe lo más importante e impresionante de este Museo<sup>100</sup>. Entre otras piezas arqueológicas alaba estatuas, joyas, bajorrelieves, estelas, así como la escena de la «princesa negra Ponuit, de grotescas posaderas»<sup>101</sup> y los «muebles recién salidos de la tumba de Tutankhamón». Luego alude a algunos dioses de la religión egipcia, haciendo hincapié en Osiris<sup>102</sup>. También comenta el culto tributado a los animales y cómo muchos de ellos fueron representación de sus dioses. La historia del toro Apis y del Serapeum –en donde eran enterrados todos los toros que tuviesen determinadas características– motivan también la atención de Blasco Ibáñez<sup>103</sup>. Curioso es el *excursus* acerca de la invención del pararrayos<sup>104</sup>, hecho que le permite aludir a la ciencia<sup>105</sup> de los antiguos egipcios, la cual había sido «monopolio de los sacerdotes», algunos de los cuales –los seguidores de Amón– acabaron por ser reyes<sup>106</sup>. Indica que la momia de Ramsés II<sup>107</sup> era la pieza más buscada por los visitantes del Museo, momia que, contemplada por el novelista, le permitirá aludir a la supuesta «resurrección» de tal faraón y al susto que había causado a los empleados del Museo.

También a Blasco Ibáñez le interesa la vida del Egipto de su tiempo. En tal sentido, el capítulo XXI, titulado «La Universidad de El-Azhar», lo dedica, tras historiar cómo los árabes se apoderaron del país<sup>108</sup>, a comentar la vida de los egipcios modernos y a corretear por las intrincadas calles de El Cairo, del cual recuerda su fundación en el año 969. Bazares y mezquitas –éstas en número de 400– ejercen sobre él una gran atracción. En cambio La Ciudadela, en su opinión, no presenta nada original, pues sus edificios son copia de otros de Constantinopla<sup>109</sup>. Una de sus visitas la efectuará a la Universidad, visita que le permite conocer el sistema de enseñanza de comienzos del siglo XX –no existían matrículas, las lecciones eran recitadas con balanceos, los profesores no tienen sueldo, metodología memorística–, así como la idiosincrasia de los alumnos<sup>110</sup> y el aprovechamiento de las enseñanzas. También le pedirán en el patio de la Universidad cairota la consabida propina.

El viaje va tocando a su fin –capítulo XXII– y nuestro autor por vía férrea llegará a Alejandría<sup>111</sup>, fundada por Alejandro Magno, en donde le espera el *Franconia*. Su estancia en tal ciudad, que califica de «ciudad famosa que nada guarda de su pasado»<sup>112</sup>, salvo una «simple columna» de

tiempos romanos<sup>113</sup>, le sirve para evocar el magnífico Faro<sup>114</sup>, una de las siete maravillas de la Antigüedad, así como el Museo con su famosa Biblioteca que allí existió en tiempos helenísticos<sup>115</sup> y el Serapeum<sup>116</sup>. Alude muy de pasada a los Ptolomeos<sup>117</sup>, «griegos hábiles [y] amigos de las letras y las ciencias» y recuerda la Escuela alejandrina, visitada en su día por filósofos y científicos prestigiosos<sup>118</sup>, algunos de los cuales cita. Siguiendo a Filón, estima que en algún momento habitaron en tal población un millón de judíos<sup>119</sup>, muchos de los cuales estuvieron –dice– al servicio de Cleopatra<sup>120</sup>, habitantes que serían perseguidos tiempo después por los Césares de Roma<sup>121</sup>. Allí se hizo la versión de la Biblia en griego<sup>122</sup> y allí murió asesinada y hecha pedazos, la joven Hipatia<sup>123</sup>, última representante de la cultura griega. Blasco Ibáñez finaliza su exposición histórica aludiendo a la famosa «droga de momia», con la cual –dice con ironía– en la «civilizada Europa de siglos pasados» se intentaba curar enfermedades<sup>124</sup>. La constante petición de aquellos polvos de cadáveres agotó los depósitos de momias auténticas, lo que obligó a fabricar momias falsas para abastecer el consumo europeo.

Tras aludir a las catacumbas, Blasco Ibáñez se encamina al puerto para reanudar el viaje. Dirá así al abandonar Egipto: «Terminaron las moscas pegajosas [...], el polvo, la arena [...], las turbas de mendigos [...] ¡Todas las plagas de Egipto!».

### A modo de conclusión

En los escritos de sus viajes por Oriente Vicente Blasco Ibáñez, además de haber sabido transmitir páginas realmente palpitantes, llenas de lirismo y belleza, dado los panoramas exóticos a los que se enfrentó en Turquía y en Egipto –tantas veces paladeados en lecturas previas–, supo revitalizar la morfología literaria del «Relato de Viajes», imprimiendo el tono adecuado a este tipo de género literario, en el cual lo informativo y descriptivo se adentra en el texto, contribuyendo con ello a literaturizarlo<sup>125</sup>.

### Notas

<sup>1</sup> BAS CARBONELL, M. (2003): Viajeros valencianos: Libros de viajes (ss. XII-XX), Valencia, 227.

<sup>2</sup> SMITH, P. (1982): Los mejores artículos de Blasco Ibáñez, Valencia, 133-134.

<sup>3</sup> BAS CARBONELL, M. (2003): *op. cit.*, 227.

<sup>4</sup> Alusiones a sus libretas de notas, entre otros, CODINA BAS, J.B. (2000): Los viajes de Blasco Ibáñez: causas y consecuencias, en **La vuelta al siglo de un novelista** (Actas del Congreso Internacional, Valencia, 23-27 de noviembre de 1998), Valencia, 97-99; BAS CARBONELL, M. (2003): *op. cit.*, 227.

<sup>5</sup> PITOLLET, C. (1915): Vicente Blasco Ibáñez. Ses romans et le roman de sa vie, París; ZAMACOIS, E. (1928): Vicente Blasco Ibáñez, Madrid; MARTÍNEZ DE LA RIVA, R. (1929): Blasco Ibáñez. Su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas, Madrid; GASCÓ CONTELL, E. (1957): Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista, Madrid; LEÓN ROCA, J. L. (1967): *op. cit.*; GROVE DAY, A., KNOWLTON, E.C. (1972): Vicente Blasco Ibáñez, Nueva York; TORTOSA, P., (1977): La mejor novela de Vicente Blasco Ibáñez: su vida, Valencia; IGLESIAS, C. (1985): Blasco Ibáñez. Un novelista para el mundo, Madrid; LEÓN ROCA, J. L. (1990): Vicente Blasco Ibáñez, Valencia, 4ª. ed.; MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ, A. Mª. (1994): Blasco Ibáñez y la Argentina, Valencia; XANDRÓ, M. (1997): Blasco Ibáñez. Su vida y su obra, Madrid, 2ª. ed.; CODINA BAS, J. B. (1998): Cronología viajera de Vicente Blasco Ibáñez, en **Vicente Blasco Ibáñez, viajero**, Valencia, 97-99; FUSTER, J. (1998): Recuerdo y juicio de Blasco Ibáñez en su centenario, Valencia; CODINA BAS, J. B. (2003): *op. cit.*

<sup>6</sup> CODINA BAS, J. B. (1998): *op. cit.*; y BAS CARBONELL, M. (2003): *op. cit.*, 228.

<sup>7</sup> La vida política de Blasco Ibáñez puede seguirse, entre otros, en GASCÓ CONTELL, E. (1957): *op. cit.*; DOMÍNGUEZ BARBERÁ, M. (1962): El tradicionalismo de un republicano. Vicente Blasco Ibáñez, Sevilla, vol. 3; LEÓN ROCA, J. L. (1970): Blasco Ibáñez, política i periodisme, Valencia; LUOBÈS, J.N., LEÓN ROCA, J. L. (1972): Vicente Blasco Ibáñez, diputado y novelista. Estudio e ilustración de su vida política, Toulouse; LEÓN ROCA, J. L. (1978): Blasco Ibáñez y la Valencia de su tiempo, Valencia; XANDRÓ, M. (1997): Blasco Ibáñez. Su vida y su obra, Madrid, 2ª. ed.; REIG, R. (1982): Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer, Valencia; PRIETO, C. (ed.), (1991): ¡Diputado Blasco Ibáñez! Memorias parlamentarias, Madrid; ALÓS FERRANDO, V. R. *et alii*, (1998): Vicente Blasco Ibáñez, político, Valencia.

<sup>8</sup> BLASCO IBÁÑEZ, V. (1883): París: Impresiones de un emigrado, Valencia. Se trata de crónicas publicadas previamente en *El Correo de Valencia*.

<sup>9</sup> Este viaje lo utilizaría para su novela: Flor de Mayo (1895). También, aquí, en París, comenzaría a escribir su novela anticlerical *La araña negra*.

<sup>10</sup> El primer número apareció en Valencia el 12 de noviembre de 1894.

<sup>11</sup> LEÓN ROCA, J. L. (1978): Vicente Blasco Ibáñez. Artículos de la guerra de Cuba, Valencia.

<sup>12</sup> Blasco Ibáñez, además de defender la autonomía de Cuba y de las colonias, denunciaba el reclutamiento de soldados pobres. En *El Pueblo* escribió durante doce años. Vid. LEÓN ROCA, F. (1970): *op. cit.*; RIUS, I. (Coord.), (1998): Blasco Ibáñez y el periodismo se hizo combativo, Valencia; SANZ MARCO, C. (2000): Vicente Blasco Ibáñez y su literatura en las páginas de *El Pueblo* (1894-1939), en **La vuelta al siglo de un novelista**, *op. cit.*, Valencia, 1015-1045.

<sup>13</sup> Artículos publicados entre el 30 de marzo y el 5 de junio de 1896. Aparecieron recogidos en aquel mismo año en el libro: En el país del Arte (tres meses en Italia), Valencia.

<sup>14</sup> Fueron publicados en *El Pueblo*. Vid. Crónicas de viaje de Vicente Blasco Ibáñez (1967), Recopilación y prólogo de LEÓN ROCA, J. L., Valencia.

<sup>15</sup> CODINA BAS, J. B. (2000): *op. cit.* 96.

<sup>16</sup> El novelista había acudido a la colonia británica a buscar un colegio para su hijo Mario.



<sup>17</sup> BLASCO IBÁÑEZ, V. (1909): Luna Benamor, Valencia.

<sup>18</sup> La tomó como modelo para sus novelas: *La maja desnuda* (1906), *La voluntad de vivir* (1907) y *Sangre y arena* (1908). Una vez viudo de María, su primera esposa, se desposaría en 1925 con tal dama chilena, también viuda. *Vid.* TORTOSA, P. (1972): *Tres mujeres en la vida y la obra de Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia. La tercera parte la dedica a Elena Ortúzar. Asimismo, ROCA, J.L. (1992): *Los amores de Blasco Ibáñez*, Valencia.

<sup>19</sup> Su corta estancia en Sevilla le facilitaría, no obstante, material para su obra *Sangre y arena* (1908).

<sup>20</sup> El viaje a Vichy fue motivado para sellar la reconciliación con Elena Ortúzar, a la sazón residente allí junto a su madre que tomaba las célebres aguas. *Vid.* TORTOSA, P. (1977): *La mejor novela de Vicente Blasco Ibáñez, su vida*, Valencia, 327-328. Sus impresiones sobre Vichy quedaron recogidas en su libro *Oriente* (1907): 11-29.

<sup>21</sup> Los capítulos de Oriente fueron publicados previamente en *El Liberal* de Madrid, *La Nación* de Buenos Aires y *El Imparcial* de Méjico. En forma de libro se editaron en Valencia en 1907, con una tirada de 49000 ejemplares en la Editorial Prometeo.

<sup>22</sup> Un excelente análisis de tal obra puede verse en ALBORG, J. L. (1999): *Historia de la Literatura Española. Realismo y Naturalismo. La novela*, V, III. Madrid, 987-1010.

<sup>23</sup> *Vid.* MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ, A. M<sup>a</sup>. (1994): *op. cit.* Al regreso de aquel primer viaje escribió y publicó *Argentina y sus grandezas* (1910). Las conferencias de Buenos Aires en GRAU, A. (1925): *Conferencias completas dadas en Buenos Aires por el eminente escritor español don Vicente Blasco Ibáñez*, Buenos Aires, 327 págs.

<sup>24</sup> Llegaron al centenar el número de conferencias pronunciadas en dichos países. *Vid.* XANDRÓ, M. (1997): *op. cit.*, 21.

<sup>25</sup> *Vid.* el artículo titulado «A los agricultores», publicado en *El Pueblo*, 19 de noviembre de 1910. También lo que dicen al respecto PITOLLET, C. (1915): *op. cit.* y GASCÓ CONTELL, E. (1957): *op. cit.* Igualmente, BONASTRES, G. (1975): *El colonizador Blasco Ibáñez*, en **Todo es historia**, Buenos Aires, n.º. 103, 53.

<sup>26</sup> La «aventura americana» duró hasta 1914. De la misma ha llegado poca información. *Vid.* COLA, J. (1931): *Blasco Ibáñez, fundador de Pueblos*, Madrid; BALSEIRO, J. A. (1935): *Vicente Blasco Ibáñez, hombre de acción y de letras*, Puerto Rico; DOLZ, S. (1998): *Vicente Blasco Ibáñez y la quimera argentina*, en **Vicente Blasco Ibáñez, viajero**, Valencia, 55-65; SCARANO, M. E. (2000): *Desde la otra orilla del Atlántico: Utopía y ficción en Vicente Blasco Ibáñez*, en **La vuelta al siglo de un novelista**, *op. cit.*, 67-91.

<sup>27</sup> Junto a él, como conferenciantes, fueron contratados dos aviadores trasatlánticos, cuyo nombre se ignora, y el dramaturgo y Premio Nobel belga Maurice Maeterlink. *Vid.*, CODINA BAS, J. B. (2000): *op. cit.*, 103 y notas 53 y 54.

<sup>28</sup> VENTURA MELIÁ, R. (1998): *Vicente Blasco Ibáñez, cineasta*, Valencia. También BELLVESER, R. (1998): *Vicente Blasco Ibáñez y el novelista universal*, Valencia, 41.

<sup>29</sup> LEÓN ROCA, J.L. (1990): *op. cit.* 484-494. Aquí se reproduce íntegro el discurso de Blasco Ibáñez al serle concedido tal título. También, XANDRÓ, M. (1997): *op. cit.*, 25.

<sup>30</sup> Traducido por Charlotte Brewster. De los *The Four Horsemen of the Apocalypse* se vendieron rápidamente los 100.000 ejemplares de su primera edición. *Vid.* XANDRÓ, M. (1997): *op. cit.*, 25.

<sup>31</sup> CODINA BAS, J. B. (2000): *op. cit.*, 99.

<sup>32</sup> Acerca de las razones de este viaje *Vid.* ALBORG, J. L. (1999): *op. cit.*, 988-989.

<sup>33</sup> Este libro fue considerado entre sus enemigos, tanto literarios como políticos, un plagio del italiano Edmundo De Amicis. Uno de ellos, apellidado Mostacilla, fue el que lo atacó más, vertiendo sus insidias en el libro *Después de leer Oriente*.

<sup>34</sup> LÓPEZ ESTRADA, F. (ed.), (1999): R. González de Clavijo, Embajada a Tamorlán, Madrid.

<sup>35</sup> TAFUR, P. (1874): Andanças é viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439), Madrid. [Hay edición en Barcelona, 1982].

<sup>36</sup> CUBERO SEBASTIÁN, C. (1682): Peregrinación del Mundo, Nápoles. [Edic. de Madrid, 1993]. Existe también un Diálogo renacentista sobre un Viaje a Turquía compuesto en 1557-1558 al parecer fabulado. Sobre el mismo GIL, L., GIL, J. (1962): «Ficción y realidad en el viaje a Turquía», *Revista de Filología Española*, 45, 89-160, y GARCÍA SALINERO (1980): Introducción a El Viaje a Turquía, Madrid.

<sup>37</sup> Vid. YARZA LUACES, J. (1997): Fuentes de la Historia del Arte, I. Madrid, 185-193.

<sup>38</sup> Blasco Ibáñez es parco en noticias históricas acerca de tal Imperio. Sobre el mismo, INALCIK, H. (1973): *The Ottoman Empire; the Classical Age, 1300-1600*, Londres; KITSIKIS, D. (1989): *El Imperio Otomano*, Méjico; MANTRAN, R. (ed.). (1989): *Histoire de l'Empire Ottoman*, París; TOKATLIOGLU, L. (1999): Introducción a la historia del Imperio Otomano, Ankara-Madrid.

<sup>39</sup> Vid. Oriente, 124-128.

<sup>40</sup> Para los incios de la historia de Constantinopla, Vid. DAGRON, G. (1984): *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses Institutions de 330 à 451*, París, 2ª. ed. Para otros aspectos, RUNCIMAN, S. (1973): *Historia de las Cruzadas*, Madrid, 3 vols.; IDEM, (1973): *La caída de Constantinopla*, Madrid; CHSARANIS, P. (1973): *Social, Economic and Political Life in the Byzantine Empire*, Londres; BRYER, A., HERRIN, J. (1977): *Iconoclasm*, Birmingham; CAVALLO, G. *et alii*. (1994): *El hombre bizantino*, Madrid; NICOL, D. M. (1994): *The Byzantine Lady. Ten portraits, 1251-1500*, Cambridge.

<sup>41</sup> Vid. Oriente, 153-161.

<sup>42</sup> Señala Blasco Ibáñez que la extensión del mismo «como diez o doce veces Madrid» le permite al sultán navegar a vapor, ir en automóvil, cazar y ocupar a conveniencia uno de los cincuenta palacios con que cuenta. En él «todos sus caprichos y deseos puede cumplirlos sin salir del inmenso jardín que le sirve de palacio». *Ibidem*, 165.

<sup>43</sup> *Ibidem*, 189-205.

<sup>44</sup> *Ibidem*, 224. En la actualidad –y gracias a la iniciativa tomada en su día (1935) por Kemal Atatürk–, Santa Sofía es un Museo de antigüedades bizantinas.

<sup>45</sup> Ambos técnicos no eran arquitectos, sino *mechanopoioi*, expertos en estática, cinética y matemáticas. Vid. MANGO, C. (1972): *The Art of the Byzantine Empire*, 312-1453, Toronto.

<sup>46</sup> Santa Sofía (Aya Sofya) fue inaugurada el 27 de diciembre de 537. Vid. GRABAR, A. (1966): *La Edad de Oro de Justiniano*, Madrid. Sobre la figura de tal emperador, BARKER, J. M. (1966): *Justinian and the Later Roman Empire*, Londres. También, DOWNEY, G. (1960): *Constantinople in the Age of Justinian*, Oklahoma City.

<sup>47</sup> En este capítulo Blasco Ibáñez alcanza cotas de gran realismo narrativo. Vid. especialmente 267-269.

<sup>48</sup> Sigue siendo fundamental la obra de BRÉHIER, L. (1955-1956): *El mundo bizantino*, México, 3 vols.; asimismo, GRABAR, A. N. (1967): *Byzantium: from the death of Theodosius to the rise of Islam*, Londres. Recientemente, CABRERA, E. (1998): *Historia de Bizancio*, Barcelona. Una excelente síntesis en POSADAS, J. L. (2003): *Historia de Bizancio*, Madrid.

<sup>49</sup> Cfr. AKURGAL, E. (1973): *Ancient Civilizations and ruins of Turkey*, Estambul. También, ATHL, E. (ed.). (1980): *Turkish Art*, Nueva York, y EBERSOLT, J. (1965): *Constantinople. Recueil d'études d'archéologie et d'Histoire*, París.

<sup>50</sup> «En esta noche todo musulmán que tiene su compañera no debe dormir, sino velar mientras le queden alientos», Oriente, *op. cit.*, 303.

<sup>51</sup> ALBORG, J. L. (1999): *op. cit.*, 989.

<sup>52</sup> Blasco Ibáñez no difundió su vida privada al considerar que la misma no pertenecía al público. *Vid.* ESTEVEZ ORTEGA, E. (s/a): La última entrevista con Blasco Ibáñez, en **Los escritores españoles in memoriam. Libro-homenaje al inmortal novelista**, Valencia. Al comienzo de su obra *La vuelta al mundo de un novelista* ni siquiera nombra a tal mujer a la que alude como «una distinguida dama de América del Sur». Tampoco aparecerá citada en todo el viaje realizado por Egipto, si bien aludirá a ella en tres ocasiones. En el libro Oriente tampoco fue citada

<sup>53</sup> Así los denomina Blasco Ibáñez. Él se considera «estudioso y observador», no simple excursionista.

<sup>54</sup> BLASCO IBÁÑEZ, V. (1924-1925): *La vuelta al mundo de un novelista*, Valencia, 2 vols. Fue editada en la editorial Prometeo, fundada en 1913 por el propio Blasco Ibáñez y su yerno Fernando Llorca.

<sup>55</sup> Así lo señala GASCÓ CONTELL, E. en la edición de 1967 de Genio y figura de Blasco Ibáñez, 241.

<sup>56</sup> *Ibidem.*

<sup>57</sup> Cfr. BLASCO IBÁÑEZ, V. (1924): *Novelas de la costa Azul*, Valencia, 301 págs. Un estudio sobre las mismas en ALBORG, J. L. (1999): *op. cit.*, 917-939.

<sup>58</sup> Las referencias acerca de esta obra procederán, de ahora en adelante, del tomo III de la edición publicada en Prometeo en 1925 (376 pp. + índice, s/p.). Los dos primeros tomos (346 págs. cada uno) fueron publicados un año antes.

<sup>59</sup> Indica que Hammurabi, conquistador y legislador había surgido del pueblo hy-miarita. *Vid.* *La vuelta al mundo...*, *op. cit.*, 184. Tal legislador fue amorreo, originario de Babilonia. Cfr. VAN DE MIEROOP, M. (2004): *King Hammurabi of Babylon*, Malden-Oxford; LARA PEINADO, F. (2005): *Código de Hammurabi*, Madrid, Reedición.

<sup>60</sup> Cfr. *La vuelta al mundo...*, *op. cit.*, 201 y 211.

<sup>61</sup> El vocablo *Mahdi* equivale a «el Dirigido» o enviado de Dios, título que tomó el sudanés Mohamed-Ahmed, un revolucionario musulmán que se apoderó del Darfur y de Kartum en 1885.

<sup>62</sup> En los años sesenta del pasado siglo los dos templos de Abu Simbel fueron desmontados, desplazados y vueltos a montar en un terreno más elevado para evitar que fueran inundados por la Gran Presa de Assuán. El visitado por Blasco Ibáñez fue el Gran Templo. Sobre el mismo, MAC QUITTY, W. (1965): *Abu Simbel*, Londres, y WILKINSON, R. H. (2002): *Los templos del antiguo Egipto*, Barcelona, 223-227; DESROCHES NOBLECOURT, Ch. (1997): *Las ruinas de Nubia*, Barcelona, 247-253. En la actualidad se puede visitar la cúpula interior de la falsa montaña sobre la que se asienta el templo.

<sup>63</sup> Dice en *La vuelta al mundo...*, *op. cit.*, 240-241: «Son un motivo de regocijo para mí las hazañas de Ramsés II, comediante milenario, fanfarrón coronado, el primero de los reyes que logró engañar a la posteridad dando como hechos verdaderos las mentiras de sus aduladores y las jactancias de su ambición y orgullo». Sobre tal faraón, VELIKOUSKY, I. (1978): *Ramses II and his time*, Londres; KITCHEN, K. A. (1985), *Ramses II, le pharaon triomphant*, Mónaco; MENU, B. (1998): *Ramsés II, soberano de soberanos*, Barcelona. Recientemente, LALOUILLE, C. (2005): *Memorias de Ramsés, el Grande*, Barcelona.

<sup>64</sup> Para esta batalla *Vid.* GOEDICKE, H. (ed.), (1985): *Perspectives on the Battle of Kadesh*, Baltimore. Conserva su interés el libro de BREASTED, J. H. (1903): *The Battle of Ka-*

desh, a study in the earliest known military strategy, Chicago. Últimamente, GUIDOTTI, M. C., PECCHIOLI, F. (2002): *La battaglia di Qadesh*, Livorno.

<sup>65</sup> *Vid.* La vuelta al mundo..., *op. cit.*, 251-255. La información que recoge sobre este tema procede del geógrafo e historiador francés Eliseo Reclus, citado expresamente en el cuerpo del texto. Las obras de este autor han envejecido.

<sup>66</sup> Se trata de la presa antigua, construida entre 1898 y 1902. Viendo que no cubría las necesidades, en 1952 se proyectó construir otra gran presa: la de Sadd al-Ali, la cual ha originado el lago Nasser.

<sup>67</sup> En la actualidad, Egipto cuenta con más de 77 millones de habitantes. El 75 % de ellos cultiva la tierra.

<sup>68</sup> La isla de Filae está sumergida en el lago Nasser, al sur de Asuán. Para la historia y la descripción de sus monumentos, *Vid.* JUNKER, H., WINTER, E. (1965): *Der Geburtshaus des Temples der Isis in Philä*, Viena, y VASSILIKA, E. (1989): *Ptolemaic Philae*, Lovaina; ALEGRE, S., BOLADERAS, M. (2000): *Filas, templo de la diosa Isis*, Barcelona. En la actualidad los edificios se hallan en la isla de Agilqiyya para preservarlos de las aguas del lago Nasser.. *Cfr.* DESROCHES NOBLECOURT, Ch. (1997): *op. cit.*, 299-320.

<sup>69</sup> Para esta temática, ARNOLD, D. (1999): *The Temples of the Last Pharaohs*, Oxford.

<sup>70</sup> *Cfr.* La vuelta al mundo..., *op. cit.*, 263.

<sup>71</sup> Una excelente monografía sobre su historia, LALOUETTE, C. (1986): *Thèbes ou la naissance d'un Empire*, París. *Cfr.* También, NIMS, C. F. (1965): *Thebes of the Pharaohs*, Londres; BAINES, J., MALEK, J. (1992): «Tebas». *Atlas del Antiguo Egipto*, Madrid, 84-107.

<sup>72</sup> Sobre tal tema, SETERS, J. VAN, (1966): *The Hyksos, a new investigation*, New Haven; y REDFORD, D. B. (1992): *Egypt, Canaan and Israel in ancient times*, Princeton, 98-129.

<sup>73</sup> SANDARS N. K. (2005): *Los pueblos del Mar*, Madrid. Interesante el punto de vista de VANDERSLEYEN, C. (1995): *L'Égypte et la vallée du Nil*, París, 569-571.

<sup>74</sup> Sin citar lo Blasco Ibáñez está aludiendo, seguramente, al Festival de Opet. Durante el mismo la estatua de Amón era llevada a lo largo de la Avenida de esfinges que enlazaba los templos de Karnak y Luxor. *Vid.* WOLF, W. (1931): *Das Schone Fest von Opet*, Leipzig, y BLEEKER, C.J. (1967): *Egyptian festivals*, Leiden.

<sup>75</sup> *Cfr.* La vuelta al mundo..., *op. cit.*, 278.

<sup>76</sup> Sin duda Blasco Ibáñez alude a la Kemit, conjunto de normas de educación y preceptiva literaria, a modo de *Instrucciones*. La idea sobre las ventajas de ser escriba puede encontrarse también en la Sátira de los Oficios (Papiro Sallier II). *Vid.* LICHTHEIM, M. (1975): *Ancient Egyptian Literature*, Berkeley-Los Ángeles, vol. I, 184-192; LARA PEINADO, F. (1991): *El Egipto faraónico*, Madrid, 155-160.

<sup>77</sup> Acerca de la psicología del antiguo campesino egipcio, *Cfr.* CAMINOS, R. A. (1991): «El artesano», en DONADONI, S. *et alii*, *El hombre egipcio*, Madrid, 23-51.

<sup>78</sup> MURRAY, M.A. (s/a.): *Egyptian Temples*, Londres, 65-84; LEGRAIN, G. (1929): *Les temples de Karnak*, Bruselas; BARGUET, P. (1962), *Le temple d'Amón-Re à Karnak: essai d'exégese*, El Cairo. Muy interesante la síntesis de MARTÍN VALENTÍN, J.F. (2002): «Karnak, la ciudad de Amón», en *Tebas. Los dominios del dios Amón*, Madrid, 15-46.

<sup>79</sup> Se trata de la necrópolis de los faraones del Reino Nuevo. *Vid.* ROMER, J. (1981): *Valley of the Kings*, Londres; HORNUNG, E. (1990): *Valley of the Kings*, Nueva York; REEVES, C. N. (1990): *Valley of the Kings: the decline of a royal necropolis*, Londres; SILIOTTI, A. (1997): *El Valle de los Reyes y los Templos de la necrópolis de Tebas*, Barcelona; y REEVES, C. N., WILKINSON, R. H. (1998): *Todo sobre el Valle de los reyes. Tumbas y tesoros de los principales faraones de Egipto*, Barcelona.

<sup>80</sup> Para este aspecto, Cfr. MANNICHE, L. (1987): *City of the dead: Thebes in Egypt*, Londres.

<sup>81</sup> Hasta un total de diez fueron los elementos que componían el ser humano, según la concepción egipcia (seis durante su vida terrena y cuatro *post mortem*). Blasco Ibáñez se centra tan solo en tres que, sin citarlos, corresponden al *khat*, el *ba* y el *ka*.

<sup>82</sup> Vid. LARA PEINADO, F. (2005): *Libro de los Muertos*, Madrid, Reedición.

<sup>83</sup> Sobre Tutankhamón, DESROCHES-NOBLECOURT, Ch. (1980): *Tutankhamen*, Barcelona, 5ª. ed. Para la tumba, CARTER, H., MACE, A. C. (1923-1933): *The Tomb of Tutankhamun*, Londres, 3 vols.; REEVES, C. N. (1990): *The Complete Tutankhamun*, Londres; ARES, N. (2002): *Tutankhamón. El último hijo del Sol*, Madrid.

<sup>84</sup> Cfr. *La vuelta al mundo...*, *op. cit.*, 297. Para la tumba, HORNUNG, E. (1991): *The tomb of Seti I*, Zurich-Munich.

<sup>85</sup> Cfr. *La vuelta al mundo...*, *op. cit.*, 298. Este *cheik* fue un sacerdote-lector llamado Ka-aper. Vid., VANDIER, J. (1958): *Manuel d'Archéologie Égyptienne*, vol. III, París, 90-91, 104-105, 125-128. LARA PEINADO, F. (1998): *Diccionario Biográfico del Mundo Antiguo*, Madrid, 201.

<sup>86</sup> Las momias se localizaron en Deir el-Bahari en una cámara de la tumba de Amenofis II, en donde fueron enterradas por segunda vez durante la dinastía XXI para protegerlas de los ladrones de tumbas.

<sup>87</sup> Los estudios sobre momias egipcias son numerosos. Vid. ANDREWS, C. (1984): *Egyptian mummies*, Londres; y especialmente PARTRIDGE, R. (1994): *Faces of pharaohs: royal mummies and coffins from ancient Thebes*, Londres.

<sup>88</sup> Era el templo funerario de Ramsés II. Cfr. el clásico QUIBELL, I. E. (1898): *The Ramesseum*, Londres, y la voz «Ramesseum» en el *Lexikon der Ägyptologie* (1984), vol. V, Wiesbaden, 91-98.

<sup>89</sup> Todavía puede verse en la actualidad. Tal coloso constituye una de las más impresionantes esculturas de toda la historia. Tuvo más de 20 m de altura y un peso de más de 1000 Tm. En 1817 inspiró a Shelley su famoso poema *Osimandias*.

<sup>90</sup> Templo funerario de Amenofis III, en estado muy ruinoso. Para este faraón, MARTÍN VALENTÍN, F. J. (1998): *Amen-Hotep III, el esplendor de Egipto*, Madrid.

<sup>91</sup> Cfr. *La vuelta al mundo...*, *op. cit.*, 303. Eran representaciones sedentes de Amenofis III. GARDINER, A. H. (1961): «The Egyptian Memnon», *JEA*, 47, 91-99.

<sup>92</sup> PARRA ORTIZ, J. M. (1997): *Historia de las pirámides de Egipto*, Madrid; EDWARDS, I. E. S. (2003): *Las pirámides de Egipto*, Barcelona; LEBEAU, R. (2004): *Pyramides, Temples, Tombeaux de l'Égypte ancienne*, París; ARES, N. (2004): *El enigma de la Gran Pirámide*, Madrid.

<sup>93</sup> Blasco Ibáñez, siguiendo a Emilio Esteban Guimet, indica que la Esfinge es anterior a Menes. Coincidiría así con el egiptólogo John West quien la remonta a tiempos antiquísimos, en contra de la opinión del Dr. Z. Hawas.

<sup>94</sup> Blasco Ibáñez cita en la p. 316 de *La vuelta al mundo...*, al «sabio orientalista Guimet». Se trata del arqueólogo, historiador y músico francés, antes citado, Emilio Esteban Guimet (1836-1918), prolífico autor de obras del más variopinto contenido, algunas de ellas centradas en el antiguo Egipto.

<sup>95</sup> Acerca de este tema Vid. LARA PEINADO, F. (1995): «A la búsqueda del sarcófago del faraón Micerino», *Historia* 16, 233, 94-97.

<sup>96</sup> Cfr. *La vuelta al mundo...*, *op. cit.*, 323.

<sup>97</sup> Vid. DAWSON, W. R., UPHILL, E. P. (1972): *Who was who in Egyptology*, Londres, 2ª. ed. 58-60. Asimismo, PURPOINT, A. (1963): *Champollion et l'enigme égyptienne*, París.

<sup>98</sup> GRIFFITH, F. L. (1951): «The decipherment of the hieroglyphs», *JEA*, 37, 38-46. Sobre la Piedra Rosetta, ANDREWS, C. A. (1982), *The Rosetta Stone*, Londres, y QUIRKE, S., ANDREWS, C. A. (1988): *The Rosetta Stone: a facsimile drawing*, Londres. También, LARA PEINADO, F. (1997): «La Piedra Rosetta», *Historia* 16, 251, 108-118 y PARKINSON, R. (1999): *Cracking Codes: the Rosetta Stone and Decipherment*, Londres.

<sup>99</sup> Como Guía clásica, *A Guide to the Egyptian Museum*, Cairo, (1982), El Cairo, 362 pp.

<sup>100</sup> El Museo en la actualidad tiene expuestos 136.000 objetos, además de 40.000 embalados.

<sup>101</sup> Alude, si duda, a los bloques de caliza del templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari, en los que se ven a Parehu, rey del Punt, junto con su obesa esposa Ati (afectada de la enfermedad de Dercum). *Vid.* DIEGO ESPINEL, A. (2003): «Los contactos comerciales entre Egipto y Punt durante el reino Medio», *BAEDE*, 67-108. Asimismo, HERZOG, R. (1968): *Punt, Glückstadt*; FATTOVICH, R. (1996): «Punt: the Archaeological Perspective», *BzS*, 6, 15-29.

<sup>102</sup> La religión egipcia ha sido muy estudiada. *Cfr.* WILKINSON, R. H. (2003): *Todos los dioses del antiguo Egipto*, Madrid; y REDFORD, D. B. (ed.), (2003): *Hablan los dioses. Diccionario de la religión egipcia*, Barcelona..

<sup>103</sup> Es muy posible que el novelista manejara el libro de MARIETTE, A. (1882): *Le Sérapeum de Memphis*, París, habida cuenta la bien nutrida biblioteca personal que poseía.

<sup>104</sup> *Cfr.* La vuelta al mundo..., *op. cit.*, 338.

<sup>105</sup> *Vid.* para este asunto, CLAGETT, M. (1989): *Ancient Egyptian Science*, Filadelfia, 2 vols.

<sup>106</sup> Está aludiendo al Tercer Período Intermedio, época de los Grandes sacerdotes gobernando en Tebas. Sobre tal época, *Vid.* KITCHEN, K. A. (1986): *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 BC)*, Warminster.

<sup>107</sup> *Vid.*, BALOUT, L. *et alii*, (1985): *La Momie de Ramsès. Contribution scientifique à l'Égyptologie*, París.

<sup>108</sup> *Cfr.* La vuelta al mundo..., *op. cit.*, 344-346. Blasco Ibáñez señala que «la historia musulmana de Egipto resulta monótona y poco interesante». *Cfr.* BUTLER, A.J. (1978): *The Arab Conquest of Egypt and the Last Thirty years of the Roman Dominion*, Oxford, 2ª. ed.

<sup>109</sup> Desde La Ciudadela, obra de Saladino, se contemplan panorámicas de toda la ciudad. En su área se hallan las mezquitas de Mehmet Alí, del sultán al-Nasir, de Hassan, de Rifai y de Amir Akhur, los restos del palacio Al-Gawhra y el pozo de José. Acerca de la capital de Egipto. *Vid.* RODENBECK, M. (2004): *El Cairo, La ciudad victoriosa*, Granada.

<sup>110</sup> En la actualidad dicha Universidad, una de las más antiguas del mundo, tiene 100.000 estudiantes.

<sup>111</sup> Sigue siendo vigente para Alejandría la obra de FRASER, P.M. (1972): *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 3 vols. Igualmente, *Vid.* BERNAND, A. (1998): *Alexandrie la Grande*, París, 2ª. ed. y EMPEREUR, J.-Y. (1998): *Alexandrie redécouverte*, París.

<sup>112</sup> *Cfr.* La vuelta al mundo..., *op. cit.*, 364. Hoy día tampoco delata la gloria de su pasado helenístico. Su arquitectura es propia de la época colonial del siglo XIX. Tiene, sin embargo, muy buenas playas y restaurantes. Para la temática de sus restos, *Vid.* GODDIO, F. *et alii*, (1998): *Alexandrie. Les quartiers royaux submergés*, Londres; BERNAND, A., GODDIO, F. (2002): *L'Égypte engloutie. Alexandrie*, Londres.

<sup>113</sup> Se trata de la mal llamada «Columna de Pompeyo», de 25 m de altura. La misma se levantó en honor de Diocleciano, como muy bien dice Blasco Ibáñez.

<sup>114</sup> LARA PEINADO, F. (1985): *Las siete maravillas*, Madrid.

<sup>115</sup> Hoy cuenta con una nueva Biblioteca, inaugurada en 2001, que quiere reverdecir la que quemaron los romanos, la cual contaba con 538.000 manuscritos. *Vid.* CANFORA, L. (1989): *The vanished library*, Londres; EL-ABBADI, M.A.H. (1990): *The Life and Fate of the Ancient Library of Alexandria*, París.

<sup>116</sup> De este recinto, en la actualidad, quedan tres galerías subterráneas. En el Serapeum se inhumaban los toros sagrados Apis.

<sup>117</sup> Existen muy buenas monografías sobre el tema. *Vid.* VANOYEKE, V. (2000): *Los Ptolomeos, últimos faraones de Egipto*, Madrid, y HÖLBL, G. (2001): *A History of Ptolemaic Empire*, Londres.

<sup>118</sup> ARGOU, G. (ed.). (1994): *Science et vie intellectuelle à Alexandrie, 1994*.

<sup>119</sup> *Vid.* MÈLÈZE-MODRZEJEWSKI, J. (1997): *Les Juifs d'Égypte de Ramsès II à Hadrien*, París, 2ª. ed.

<sup>120</sup> Para este asunto, *Vid.* CHAUVEAU, M. (1997): *L'Égypte au temps de Cléopâtre, 180-30 av. J.-C.*, París. Asimismo, WHITEHORNE, J. (1994): *Cleopatra*, Londres-Nueva York.

<sup>121</sup> Para diversos aspectos de los tiempos de dominación helenística y romana, Cfr. LEWIS, N. (1983): *Life in Egypt under Roman rule*, Oxford; BOWMAN, A. K. (1996): *Egypt after the Pharaohs, 332 BC-AD 642*, Londres, 2ª. ed.; y LEGRAS, B. (2004): *L'Égypte grecque et romaine*, París.

<sup>122</sup> Se trata de la «Versión de los Setenta», realizada para la Biblioteca del Museo de Alejandría. Fue abordada por una comisión de 72 sabios de Jerusalén (¿o judíos de Alejandría?) a instancias de Demetrio el Falereo. Cfr. TREBOLLE BARRERA, J. (1993): *La Biblia judía y la Biblia cristiana. Introducción a la historia de la Biblia*, Madrid.

<sup>123</sup> Fue hija del famoso matemático Teón. Hipatia (378-415) fue filósofa neoplatónica, formada en Atenas. Cfr. BOWMAN, A. K. (1996): *op. cit.*, 214. *Vid.* también el librito de GONZÁLEZ SUÁREZ, A. (2002): *Hipatia (¿?-415 d.c.)*, Madrid.

<sup>124</sup> *Vid.* WALLIS BUDGE, E. A. (1995): *La momia. Manual de Arqueología funeraria egipcia*, Barcelona, 210.

<sup>125</sup> Estamos de acuerdo con lo manifestado por CARRIZO RUEDA, S. M. (1996): «Morfología y variantes del Relato de viajes», 119-126, en Carmona Fernández, F., Martínez Pérez, A. (eds.): *Libros de Viajes*, Murcia, a la hora de analizar este tipo de género literario.